

[https://es.aleteia.org/2023/08/28/san-luis-el-santo-frances-que-intento-evangelizar-mongolia/?utm\\_campaign=EM-ES-Newsletter-Daily-&utm\\_content=Newsletter&utm\\_medium=email&utm\\_source=sendgrid&utm\\_term=20230829](https://es.aleteia.org/2023/08/28/san-luis-el-santo-frances-que-intento-evangelizar-mongolia/?utm_campaign=EM-ES-Newsletter-Daily-&utm_content=Newsletter&utm_medium=email&utm_source=sendgrid&utm_term=20230829)



## SAN LUIS: EL SANTO FRANCÉS QUE INTENTÓ EVANGELIZAR MONGOLIA

Montage Aleteia

Camille Dalmas - publicado el 28/08/23

*Con motivo del próximo viaje del Papa Francisco, hoy presentamos la historia de San Luis, quien intentó forjar una alianza con los mongoles, contando con su conversión al cristianismo*

«Al tercer día, encontramos a los tártaros; y cuando los hube visto y considerado, me pareció que había entrado en un mundo nuevo». En 1253, el franciscano Guillaume de Rubrouck, enviado por San Luis, escribió estas líneas al entrar en contacto por primera vez con los mongoles -llamados tártaros en su época- a orillas del Mar Negro.

Como los hunos de antaño, los mongoles acababan de arrasarse Europa, tomando Hungría en 1241, y nada parecía poder detenerlos. El Papa Inocencio IV, al ver la llegada de este nuevo pueblo, les envió varias embajadas, dirigidas por frailes franciscanos y dominicos. Pero la respuesta que recibió de Khan Güyük fue una mordaz exigencia de sumisión:

*Si no seguís la orden de Dios, y si vais en contra de nuestras órdenes, os reconoceremos como nuestro enemigo».*

Como protesta, el pontífice publicó en 1248 una bula, *Viam agnoscere veritatis*, en la que pedía a los invasores que cesaran en sus amenazas. Pero los mongoles planteaban otro problema a los cristianos, que intentaban salvar Jerusalén. Jerusalén había sido reconquistada en 1229 por Federico II Hohenstaufen, pero perdida en 1244 tras el asedio de la ciudad por los Kwarazm-Shahs, pueblo persa aliado de los mamelucos de Egipto, que acababan de ser expulsados de su territorio por los mongoles.

Fue entonces cuando el piadoso San Luis decidió tomar la cruz e ir a Tierra Santa: la Séptima Cruzada (1248-1254). Mientras preparaba su acción militar desde Chipre, recibió una carta inesperada: un caudillo mongol llamado Altigidai proponía al «rey de los francos» una alianza contra la dinastía ayubí en Egipto, solicitándole que atacara directamente a los mamelucos en su país. Para evaluar la alianza, Luis IX envió a un dominico, André de Longjumeau, como embajador ante este Altigidai y su líder, el temido Khan Güyük. Pero este último estaba muerto cuando el sacerdote llegó a su capital mongola, Karakorum.

## Una misión lejos del fracaso

Pero la misión no fue un fracaso: André de Longjumeau regresó a su rey, afirmando que había cristianos viviendo en Mongolia, y que cierto khan llamado Sartaq sería bautizado. San Luis, que entretanto había sido derrotado por los egipcios en Damietta, se había retirado a Tierra Santa sin retomar Jerusalén. Envió entonces una nueva embajada al kan supuestamente cristiano y al nuevo jefe del imperio mongol, Möngke, con la esperanza de una nueva alianza.

En estas circunstancias fue enviado Guillaume de Rubrouck. Su misión consistía en instruir al pueblo mongol y a sus jefes en la fe cristiana. Una vez cumplida esta misión, podría convencerles de que tomaran la cruz contra los mamelucos.

«Representaré ante Su Majestad el modo de vida y las costumbres de este pueblo lo mejor que pueda», anunció el franciscano al rey al comienzo de su largo informe. De hecho, el franciscano llevó a cabo su tarea con gran talento, proporcionando a la posteridad un relato único de la vida mongola.

Le debemos, en particular, una descripción informada del gran juego geopolítico que sacudía el imperio y su historia desde el ascenso de Gengis. Se maravilló ante estos príncipes, hijos del gran Khan, «que hoy tienen todos grandes cortes, y cada día extienden sus moradas un poco más en esta vasta soledad, que es como un gran mar».

## Anécdotas increíbles

Mucho antes que Marco Polo, también relató las anécdotas, a veces inverosímiles, que escuchó por el camino: el reino cristiano del rey Juan, las Montañas de los Asesinos, perros gigantes y «mil otras historias extrañas y horribles».

También se convirtió en un antropólogo antes de tiempo, describiendo todas las costumbres, ritos funerarios y matrimoniales, y hábitos culinarios que observó a lo largo del camino. También da cuenta del rico comercio que mantenía viva esta tierra mercante, ávida de sal y ganado, papel de algodón y tejidos de seda de Catay y Persia, metales raros y trabajados, y pieles, especialmente necesarias para hacer frente al frío «tan grande que a menudo partía árboles y piedras», pero que él cruzaba descalzo.

A pesar de las dificultades, temiendo a veces la muerte por hambre o frío, el franciscano recorrió las grandes llanuras y superó los obstáculos, como el río «cuatro veces más grande que el Sena». Acompañando la larga marcha de las ciudades mongolas en movimiento, llegó finalmente a la capital Karakorum, encontrándose por el camino con los numerosos pueblos que habitaban estas inmensas tierras: naymanos, godos, comanos, turcos, alanos, rusos, valanos, armenios, moales, turcos...

Como celoso servidor del Santo Rey, el informe de Guillaume de Rubrouck sobre la situación religiosa en el Imperio mongol es descaradamente honesto. Relata con decepción sus tormentosos contactos con los nestorianos, cristianos pertenecientes a un grupo considerado herético por la Iglesia, asentados en toda esta parte de Asia desde el siglo VII hasta el XVIII. Cuando se encuentra con Sartak, el señor de la guerra que dice estar bautizado, sigue amargado: «Realmente no puedo decir si es cristiano o no», dice, antes de dar su opinión personal: «Me parece que se burla de los cristianos y los desprecia».

## Un camino sembrado de trampas

Por el camino, el franciscano se granjeó enemigos, y tuvo que enfrentarse a un «adivino sarraceno» que le molestaba y, según él, envenenaba a los enfermos haciéndose pasar por médico. También le horrorizó tener que compartir su casa durante meses con un «falso monje» nestoriano, que resultó ser mentiroso, ignorante y berrinchudo: «Me sentí muy desgraciado por no poder abandonarle».

En la capital Karakorum, el representante de San Luis también conoció a Guillaume, un orfebre parisino capturado por los mongoles cuando se encontraba en Belgrado. Este artesano, según informó, había construido para el Khan Mongkok una extraña máquina-fuente de plata que servía cuatro bebidas diferentes al mismo tiempo. En conversación con los chinos, se maravilló de que «escribieran con un pincel como el de un pintor» sobre papel de algodón.

En Karakorum, Guillaume de Rubrouck también se dio cuenta de que Mongkok Khan se aprovechaba cínicamente de la competencia entre el clero budista -cuyos ritos fueron unos de los primeros en describir- y el clero musulmán y cristiano. El soberano, observa, obliga a los miembros de los diferentes cleros a ayudarlo en una forma de paganismo sincrético, y luego se entrega a la bebida y al culto de ídolos sin fin. El franciscano se indigna ante estas «supersticiones y locuras».

Decepcionado por no haber tenido la fe necesaria para realizar «milagros» y convertir al kan, Guillaume de Rubrouck admitió finalmente su fracaso. Cuando se marchó, el kan le entregó una carta en la que pedía al rey Luis que se sometiera a su autoridad antes de considerar cualquier forma de alianza. El sacerdote desaconsejó a San Luis continuar las discusiones: en su opinión, los mongoles nunca ganaron

*por la fuerza de las armas, sino solo con engaños y artimañas». Advirtió a su soberano contra su «pretensión y pretexto de paz y amistad».*

en su opinión, los mongoles nunca ganaron «por la fuerza de las armas, sino solo con engaños y artimañas». Advirtió a su soberano contra su «pretensión y pretexto de paz y amistad».

Guillaume de Rubrouck abandonó finalmente el imperio mongol y regresó a Francia. En su relato, el aventurero franciscano dirigió estas últimas palabras a su rey: «Que la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia y todo conocimiento humanos, haga brillar su luz sobre tu corazón y tu entendimiento».

La alianza franco-mongola nunca llegó a producirse. A pesar de la insistencia de los mongoles, que años más tarde lucharon con los cristianos en Tierra Santa contra los sultanes de Egipto. Finalmente fueron derrotados en Ain Djalout en 1260, el primer golpe histórico para los mongoles, pero también el canto del cisne para los reinos latinos de Oriente.